

La autoridad de la silla vacía.

Joaquín García Roca y A. Said Rovira Ortiz (selecc. y coord.)

– *Turbulencias, mudanzas, equipajes. Rutas no navegadas*

Atrio Llibres, libros@adgn.es Valencia, 2017, pp. 288

Daniel Barreto. Consejo de Redacción de Iglesia Viva. Las Palmas de G. C.

Una de las fuentes de la cultura moderna de liberación es el mesianismo bíblico. Su trasvase a moldes seculares ha sido indispensable para anhelar una sociedad mejor. ¿Sigue viva la fuente? Algunos proponen olvidarla por sus desmesuradas exigencias universalistas. Otros confirman su relevancia, pero la juzgan agotada. En cambio, el teólogo y sociólogo Joaquín García Roca renueva el sueño diurno en la «fuente que mana y corre». Su imaginación entra en el campo gravitatorio del Evangelio y lo que Pasolini llamaba una «nueva Ilustración».

Su último libro reúne más de sesenta artículos y ensayos publicados entre 2000 y 2017 en las revistas *Éxodo*, *Cresol*, *Vida Nueva*, *Alteridad*, *El Ciervo*, *Noticias Obreras*, *Iglesia Viva* etc. A modo de pórtico, una selección de conversaciones con el autor sobre su itinerario vital; obertura acertada, pues sin biografía no hay teología que finalmente valga la pena. La singladura de García Roca está marcada por el nomadismo, cruce de fronteras que le sitúa del lado de quienes el orden establecido considera insignificantes: «Se trata, en primer lugar, del encuentro con la marginalidad de niños y niñas, y jóvenes desgarrados por conflictos familiares; en segundo lugar la inserción en un barrio periférico [...] finalmente me ha marcado de un modo especial la aproximación a la realidad centroamericana de El Salvador, en la UCA, donde la muerte golpea a los testigos».

Las *turbulencias* del título, que agrupan los textos de la primera parte, son los desafíos de nuestro tiempo. Destacamos aquí al menos cuatro de los más recurrentes: las migraciones, la sociedad de mercado, la crisis ecológica y la corrupción. La inmigración abre una perspectiva reveladora sobre la radiografía moral de Europa. Mucho antes que una amenaza a la seguridad o un «recurso humano» para sostener las pensiones, conlleva una oportunidad para recrear la convivencia en dirección a una sociedad donde la solidaridad con el diferente define la civilización. Es tiempo de construir «ciudadanía múltiple» o una «ciudadanía transnacional».

La sociedad está siendo jibarizada por el mercado. La producción y el consumo no obedecen a decisiones racionales sobre necesidades, sino a la acumulación fetichista de valor que expulsa personas «sobrantes». Esta lógica mercantiliza incluso la propia intimidad y genera la funesta confusión entre «nivel de vida» y «nivel de consumo». La respuesta cristiana debe impugnar esta relegación de lo humano y, al mismo tiempo, denunciar la complicidad entre la sociedad de la mercancía y el envenenamiento de la naturaleza. Hay un «imperativo ecológico cristiano», que despierta la coherencia futura —aún pendiente— entre una teología de la creación, una ética de la «austeridad gozosa» y un ecologismo integral que lleve a cambios culturales y políticos de base.

Y finalmente —última turbulencia que destacamos— la reflexión sobre la corrupción, que suena por completo ajena a los tópicos oficiales y las monofórmulas de los *mass media*. No basta con apelar a la ley, como hacen los profesionales de la política, el esfuerzo de fondo requiere cuestionar la aceptación social predominante de la corrupción y, sobre todo, preguntar por sus víctimas: «la primera víctima de la corrupción son los vínculos de confianza que socavan el cemento mismo de la construcción social».

Las *mudanzas* de la segunda parte aluden a los signos de humanización que cabe discernir en el presente. Con la crisis económica global de 2008 irrumpe un nuevo ciclo de protesta, que ha alentado, al menos, la voluntad de buscar alternativas. En ese marco, García Roca destaca las potencialidades del voluntariado y de la cooperación al desarrollo; eso sí, siempre y cuando afronten un cambio de paradigma. Las motivaciones éticas del voluntariado podrían zafarnos de prácticas funcionales al sistema e inspirar acciones no asimilables a la competición y el consumo. La cooperación al desarrollo debería abandonar, por fin, su orientación asistencial, sometida al Estado y a la rentabilidad, para basarse en una participación horizontal que transforme a todos los agentes: «Como movimiento social, convertirán la cooperación en un proceso bi-direccional que pone en cuestión el modelo de desarrollo de los países ricos».

La última parte del libro, *Equipajes*, pone en juego explícitamente, como decíamos al principio, la fecundación entre tradiciones bíblicas y energías modernas de liberación: la ampliación correctiva de la ciudadanía por la fraternidad, la verdad como reparación concre-

ta de la injusticia, la transformación cristiana de la laicidad burguesa en laicidad intercultural, una experiencia de la caridad que revierta las estructuras, la crítica a la idolatría de la salud y la «invención cristiana de la compasión», todas ellas inspiraciones que abren a horizontes de «rutas no navegadas». En los acuíferos del cristianismo hay reservas que traer a la superficie para radicalizar la democracia, como condensa el caso de la «autoridad de la silla vacía»: «Las comunidades cristianas primitivas decían: “el Mesías no volverá hasta que no estén todos sentados a la mesa”». Es la universalidad que subvierte todas las formas de exclusión, pues se funda, escribe García Roca, en la «gran transgresión»: el amor al enemigo.

A lo largo del libro despunta la reflexión sobre la reforma del Papa Francisco y las exigencias del carisma a la institución. No se trata de repetir, una vez más, el consabido equilibrio entre ambas, pues ahora el carisma impulsa a una traducción institucional nueva. De ahí que las intervenciones del Papa no remitan al Concilio Vaticano II como un objeto exterior de interpretación sobre la continuidad o ruptura de la tradición; antes bien, en ellas se manifiesta el mismo impulso que inició el Concilio y que —también hoy— zarandea a la «Iglesia en salida». El programa de Francisco no encaja ni en las casillas del progresismo liberal ni en las del tradicionalismo. A diferencia de estos, la irrigación cultural que propone el Papa, definitoria del cristianismo, conlleva relativizar el poder y obedecer a la solidaridad con los más débiles. ¿Toca esto, aunque sea tangencialmente, alguno de los proyectos políticos vigentes? La respuesta nos orientaría más bien hacia las «rutas no navegadas» que avista la imaginación profética de Joaquín García Roca.